# El ojo crítico

*Paz Ramos*[1]

A propósito de experiencias radiofónicas y para entrarle al tema del periodismo cultural, abro aquí un primer párrafo reservado a mi memoria, pues he de referirme a tres personajes firmemente avecindados en ella; tres figuras admirables, con quienes tuve la felicidad de dialogar en circunstancias muy emotivas, y cuya reminiscencia ha de servirme a guisa de preámbulo.

Y aquí es donde un interlocutor tan frecuentado y fascinante como Borges puede hacer su aparición. Por situar la escena, aclararé que yo estaba en Sitges para informar acerca de los encuentros organizados por la Universidad Menéndez Pelayo. Era el 14 de febrero de 1983 y yo había llegado a la ciudad catalana como enviada especial de Radio Nacional de España. Lamentablemente, aunque tenía concertada una entrevista con Borges, su terrible dolor de muelas estuvo a punto de malograr nuestra reunión. Fue María Kodama quien me advirtió de su malestar, pero él accedió finalmente a que yo le plantease mi cuestionario, tan prolijo que aún hoy me sorprende cómo pude ser tan atrevida. Para mi sorpresa, su generosidad fue memorable. Lo recuerdo tierno, encantador, y quizá por ello me conmovieron especialmente sus reacciones ante la conferencia de prensa que, con mucha menor intimidad, se orientó hacia el conjunto de periodistas que había ido hasta allí. Situado ante Sánchez Dragó y otros informadores, Borges fue interpelado con insistencia acerca de asuntos políticos y más en concreto acerca de su posición frente a la dictadura. Tanto se reiteró ese argumento que el escritor llegó a sentirse muy desasosegado, e incluso dejó caer alguna lágrima. De ahí que su presencia en aquel foro se convirtiera en una oportunidad perdida, donde no se procuró descubrir los múltiples niveles del personaje sino una faceta polémica, subjetiva, que no aportaba un modelo interpretativo de su literatura. Al ver ese dolor en alguien tan admirado por mí, sentí una tristeza enorme.

[1] *Periodista y locutora especializada en asuntos culturales, directora del programa* El ojo crítico, *de Radio Nacional de España.*

Una actitud diferente, menos amarga, aparece en la segunda anécdota, igualmente significativa para mi carrera. Ocurrió un domingo por la mañana, a una hora muy temprana. Era octubre de 1984 y yo me había trasladado hasta el aeropuerto con el fin de entrevistar a Leonard Bernstein, quien llegaba a Madrid para actuar en el Teatro Real al frente de la Orquesta Filarmónica de Viena. Aquella era su primera visita a España y yo no quería desaprovechar la oportunidad de hablar con él, así que me dirigí rápidamente a su esposa, la chilena Felicia Ellwood Montealegre, quien me presentó al maestro y propició la conversación. Intercalando algunas frases en español, Bernstein me comentó la alegría que sentía en ese momento de su carrera. Como a mí me agrada incluir la emoción personal en las entrevistas, también tuve el gozo de que comentara cuánto significaban sus hijos para él.

Es en dicho punto donde quiero introducir a la tercera figura de este repaso radiofónico: Carlo Maria Giulini. El motivo es simple: la entrevista que le hice en 1996 puede añadir algún matiz a ese modelo de diálogo donde se entreveran los datos culturales y la faceta humana del personaje. Lógicamente, el caso de Giulini no me permite la imparcialidad. Lo admiro con pasión, y así se lo hice saber. Él reaccionó con simpatía, permitiéndome que le formulara una lista de preguntas muy variada, en la que no faltaron algunas referidas a su intimidad. La razón es que me parecía admirable aquel deseo de acompañar a su esposa, muy enferma, anulando la mayoría de sus compromisos para poder atenderla. Era una circunstancia conmovedora que, de algún modo, volvió a reflejarse un año después de fallecer su mujer, cuando el maestro regresó a España, para hablar en la Residencia de Estudiantes y dirigir a la Joven Orquesta Nacional de España.

A partir de tres figuras tan señaladas –y extrayendo de su anécdota mis razones–, puedo formular algunas ideas en torno al programa *El ojo crítico* y también alrededor del periodismo radiofónico de contenido cultural. En primer lugar, cabe reflexionar acerca del trato que merecen por estos pagos personalidades de ese calibre. No se me escapa que la crónica social ha derivado hacia un modelo audiovisual que favorece el recuento de chismes y confidencias. Desde el punto de vista del comercio, rige la opinión generalizada de que ése es un producto con un copioso número de consumidores, lo cual anima a los reporteros a cultivarlo. Pero ahí es donde el criterio se vuelve vago, y podemos asistir a situaciones muy desafortunadas, como la protagonizada por una soprano de prestigio a quien se interrogaba acerca de una reciente separación matrimonial.

No se trata aquí de criticar a un entretenimiento en alza, sino de invocar cierta mesura y buen tono a la hora de abordar los temas. De todas formas,

por lo que se refiere a este tipo de programas, no juzgo conveniente bajar el listón de la exigencia. La cultura no es plebiscitaria, y sin embargo los programadores parecen obligados a retirar de la parrilla todo aquello que no es seguido por un amplio número de espectadores. Los ejemplos no escasean; así, últimamente han dejado de emitir obras teatrales en la televisión pública. La razón esgrimida es que no eran vistas por la cantidad indispensable de televidentes.

En casos como éste, se acepta que una minoría debe soportar de forma permanente espectáculos como el fútbol, sin la posibilidad de recibir programas cuya finalidad sea pedagógica, divulgativa o artística. De ordinario, solemos insistir en que este último ha de ser el propósito de las cadenas públicas. Pero quizá también debamos exigir algo de todo ello a las emisoras y cadenas privadas, pese a que su financiación dependa de la publicidad y, por consiguiente, de los niveles de audiencia.

Aunque estén en juego grandes ganancias, es posible que la calidad sea compatible con el negocio, dado que también existen radioyentes y telespectadores que disfrutan, a un mismo tiempo, de la alta cultura y de programas menos sofisticados. Al proponer esta estrategia, recuerdo a Giulini, tan cultivado, profundo y capaz de gritar desde las gradas del estadio del «Milan», entusiasmado ante la jugada de un futbolista. Evocando este pasaje, sería estupendo que la programación admitiese como oyente modelo a un aficionado al balompié que también acepte, en mayor o menor medida, los contenidos que llamamos culturales. Lo contrario es una simplificación, un lugar común que asume las características de una mayoría indiferenciada.

A tal fin, resulta sugerente observar el modo en que se ha mantenido en las ondas un espacio como *El ojo crítico*, cuya permanencia, sin publicidad y en un horario competitivo, es posible gracias al hecho de que se programa a través de una emisora pública. Sin caer en la frivolidad o en la simplificación excesiva, nos hemos obstinado en presentarnos como uno de los escasísimos productos de estas características que divulga la radio en nuestro país. Esa excepcionalidad se vuelve aún más perceptible si tenemos en cuenta su longeva trayectoria: en 1981 lo puso en marcha Fernando Delgado a través de Radio 3 y cuando Delgado pasó a ser director de Radio Nacional, *El ojo crítico* empezó a programarse en Radio 1, con el formato que aún mantiene. Es así como llega a la audiencia desde el 14 de febrero de 1983. Una audiencia cada vez más fiel y, digámoslo, erudita, que lo ha apoyado en la etapa en que fue su director Eduardo Sotillos y que ahora sigue a nuestro lado.

Aunque, en este aspecto, permítaseme señalar que nuestro propósito más obvio es incitar culturalmente a ese público, transmitiéndole nuestras pasiones e inquietudes. De tener en cuenta los datos estremecedores que revelan las encuestas –el 95% de los españoles nunca ha ido a un concierto, el 75% jamás ha pisado un teatro–, basta para llenarnos de satisfacción el solo hecho de captar a un nuevo oyente, quizá interesado por un libro o por una ópera sobre los cuales hayamos hecho un comentario.

No obstante, desde los inicios del programa, hemos podido comprobar cómo en la radio se le ha ido dando más importancia a la información cultural. En la actualidad, no es raro escuchar detalles en torno a conciertos, cursos de verano y presentaciones de libros. Periodistas como Iñaki Gabilondo, en la SER, o Carlos Herrera, desde Onda Cero, pueden formular magníficas entrevistas a los escritores que anuncian una nueva obra. Y por lo que concierne a la radio pública, esa oferta se amplía, y no sólo en Radio 1. Así, en Radio Exterior de España hay dos diarios hablados cuyo propósito es exclusivamente cultural, Radio 3 cuenta con un espacio diario dedicado a esos temas y Radio Clásica programa un amplio repertorio de música culta, publicitado asimismo por Fernando Argenta, quien dirige *Clásicos populares* desde hace –nada menos– veinticinco años.